

# PLIEGO

Vida Nueva  
3.027. 11-17  
MARZO DE 2017



**Alberto  
Iniesta**  
la caricia de Dios  
en las periferias



Poco más de un año después de su muerte (3 de enero de 2016), la *Memoria y legado de Alberto Iniesta para la Iglesia de hoy* reunirá el 25 de marzo a las comunidades cristianas de Vallecas. Coincidiendo con este acto, a partir del día 27, ve la luz el volumen homenaje *Alberto Iniesta, la caricia de Dios en las periferias* (Herder), editado por Emilia Robles. El libro –que incluye poemas del que fuera obispo auxiliar de Madrid entre 1972 y 1998 y algunos de sus escritos en *Vida Nueva*– cuenta con la colaboración de una veintena de amigos que recuerdan la figura del pastor, del teólogo, del creyente, del ciudadano... Ofrecemos el adelanto editorial de seis de esos testimonios, retazos de una vida entregada al servicio del Evangelio.

## ALBERTO INIESTA, OBISPO “IMPRUDENTE”

**ENRIQUE DE LA FUENTE**  
Secretario de la Vicaría IV con Alberto

Recuerdo que Alberto, en una ocasión en que estaba viviendo momentos de marejadilla eclesial y su persona estaba en la cresta de la ola, me hizo esta confidencia: “Querrás creer, Enrique, que en Albacete era yo el prototipo de la prudencia”. Claro, ahora era el momento en que para algunos era el prototipo de la imprudencia. Pues bien, yo quiero dar gracias a Dios por algunas de sus “imprudencias”. Como muestra os recordaré tres.

A finales de 1972 o principios del 73, habían muerto en un derrumbamiento de las obras del metro de Madrid varios obreros vallecanos. Tres sacerdotes de la vicaría se habían querellado por posibles fallos en la obra. Les exigían 500.000 pesetas de fianza y no las tenían. Alberto se ofreció, “imprudentemente”, como obispo, como garante de los tres sacerdotes para no tener que abonar la fianza. No lo aceptaron. Él recordaba con humor: “Lo que hay que ver. ¡Cuántas veces me decía mi madre: ‘Tú, hijo, vales millones’. Y, ya veis, no valgo ni medio millón”. Esta “imprudencia” le granjeó la confianza de los sacerdotes que, en un principio, no le aceptaban por no haber participado en su elección como vicario.

Le habían visitado los abogados defensores de algunos de los

condenados a muerte y ejecutados el año 75. Habían sido expulsados del juicio y sustituidos por abogados de oficio. En un cuarto de hora habían sido condenados a muerte. “Soy el último mono del episcopado”, decía, “pero en esta situación la Iglesia no puede guardar silencio”. Escribió la homilía a taquigrafía. Llamamos a Luis Javier Benavides, uno de los abogados asesinados después en la “matanza de Atocha”, para que nos diera su parecer de abogado.

“Estoy de acuerdo con todo lo que dices en la homilía, nos dijo, pero es delictiva desde el principio hasta el final”. Él la leyó y la enviamos a las parroquias. Quince sacerdotes fueron a la cárcel de Carabanchel. Tuvo la “imprudencia” de preguntarse “qué me exige el Evangelio” en lugar de prever las consecuencias.

Otra vez lo invitaron a participar en una revista: “Va a ser una nueva revista, sería, con temas de actualidad, para una sociedad abierta y democrática. Te pedimos tu colaboración para que escribas lo que creas conveniente”. Alberto siempre pensaba: “Es un buen púlpito para anunciar el Evangelio hoy, como Pablo, oportuna e inoportunamente”, y aceptaba. Luego, la revista era otra cosa, había concesiones “a la galería”, como *Interviú*; ¡ya está el “imprudente” de Iniesta en el candelero otra vez “También a Jesús de Nazaret le acusaban de no tener buenas compañías”, comentaba con una cierta ironía. Si escribiera en el Boletín Oficial, no lo leería nadie. Aquí me leen medio millón de lectores. Los dosieres de

“imprudente” llegaban hasta Roma; mientras, él recibía cartas de lectores profundamente agradecidos.

Se suele decir, amigo Alberto, que ¡las imprudencias se pagan! Cuando esas “imprudencias” tienen aroma evangélico, como las tuyas, el pago suele ser paradójico: ostracismo, silencio e incompreensión, por parte de los hombres, tus últimos 30 años; y pago, en “bonos del Tesoro, en valores del Reino” por parte de Dios.

Alberto, ¡que Dios te lo pague! Pero qué digo yo: Dios ya te lo ha pagado.

Hoy y siempre, te recordaremos con mucho cariño hasta que nos volvamos a encontrar.

## ALBERTO INIESTA, EL EVANGELIO SIN GLOSA

**DOLORES ALEIXANDRE**  
Religiosa del Sagrado Corazón de Jesús. Teóloga y biblista

Estoy descolocado: toda mi vida batallando con los obispos y de pronto llega uno que es creyente. Ahora no sé cómo situarme”. Me lo decía Carlos Jiménez de Parga, un cura obrero de Vallecas, poco después de la llegada de Alberto Iniesta a Madrid en 1972.

Empezaron a circular en seguida anécdotas sobre él: lo acompañaron a visitar al Padre Llanos que vivía en una especie de comuna de obreros en el Pozo del Tío Raimundo. Cuando llegaron les dijeron que estaba durmiendo la siesta y que iban a avisarle, pero Iniesta dijo que, de ninguna manera, que esperaría, y se quedó allí de pie media hora,

apoyado en la pared de un pasillo gélido hasta que Llanos se despertó.

En otra ocasión llegó tarde a una conferencia de Roger Garaudy: tenía sitio reservado dentro pero no quiso interrumpir y se quedó fuera, sentado con otros en el suelo del hall de entrada.

Vivía en una parroquia en Moratalaz y decía que, como la iglesia estaba muy fría y en su despacho le llamaban mucho por teléfono, para poder rezar cogía su “cuatro latas” y se paraba en cualquier descampado cercano para estar allí tranquilo con la Biblia o el breviario. He contado esto un montón de veces como ejemplo de creatividad y “determinación determinada” de encontrar tiempo y espacio para la oración cotidiana.

Era un hombre sumamente sencillo, que siempre quería ser tratado como uno más. Uno de los curas que compartió casa con él en Moratalaz, Rafael Rojo, decía que “nada humano le era ajeno” y admiraba que se metiera en todos los “fregados”, desde el de la vajilla y limpieza común en la casa, hasta el de la lucha por la justicia y la dignidad de las personas y de los barrios.

Mi provincial de entonces estaba preocupada porque le parecía que las jóvenes estábamos un poco rebeldes y “descarriadas”: eran los años del posconcilio y en la vida religiosa “vivíamos peligrosamente” y emprendíamos nuevos proyectos e inserciones, preciosos en ocasiones, desatinados otras. Nos reunió a todas y tuvimos una reunión con Iniesta que no olvidaré nunca, porque no he vuelto a encontrar después a alguien con la capacidad de escucha que él tenía. Miraba y escuchaba de tal manera que comunicaba la sensación de estar ante alguien absolutamente vacío de prejuicios, que acogía lo que le decías con total limpieza de corazón. Lástima no haber grabado aquella reunión, aunque era más su persona que sus palabras lo que impactaba.

Cosas que nos dijo aquella tarde las escribiría tiempo después en la revista *Vida Religiosa*. Él entendía la vida religiosa como radicalidad. Del Evangelio literal, de la vida de Jesús, sin más adornos, y de las comunidades

apostólicas se desprende la vida religiosa. Pensaba que este era ya el ensayo de una sociedad nueva. Y no un ensayo temporal, sino a lo largo de una vida, donde los religiosos se juntan no ya por lazos familiares sino comunitarios, independientemente de la forma de pensar concreta, de las ideologías o de los gustos de cada uno o cada una.

Alberto era un hombre profundamente contemplativo, que buscaba sus espacios de oración en medio del bullicio de cada día y, al mismo tiempo, jamás se evadía de los compromisos concretos; estaba con la gente en las luchas por la mejora de los barrios, de los derechos personales y sociales y, lo mismo quería para los religiosos, impulsando su inserción y su compromiso con las realidades concretas.

Al mismo tiempo, era consciente de la presión que sufrían aquellas personas de las comunidades religiosas que buscaban una fidelidad al Concilio y a los signos de los tiempos y querían introducir reformas en sus congregaciones o en sus comunidades, en lo que sentían como búsqueda de mayor fidelidad al Evangelio. Comprendía, aunque no justificaba, los miedos, los recelos que querían frenar esos cambios.

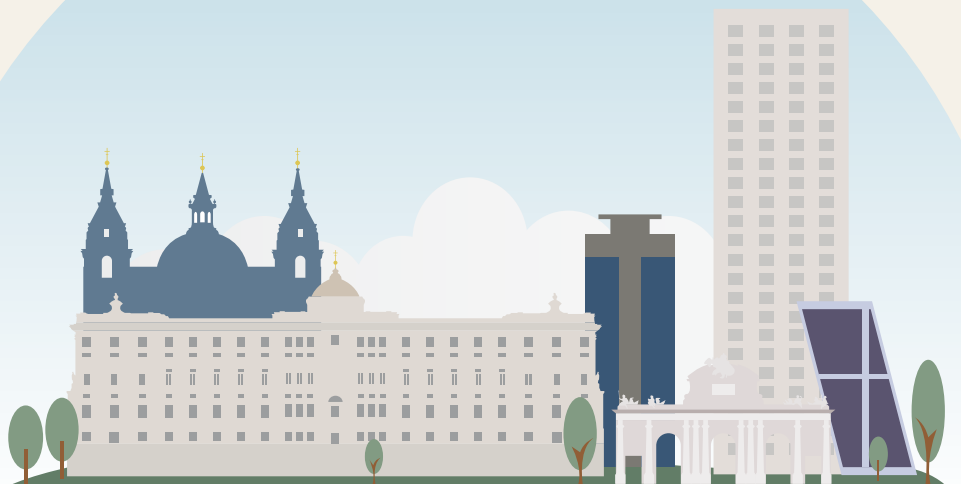
Tampoco era un ingenuo ni un “progre” en el peor sentido de la palabra. En su experiencia con muchos religiosos, religiosas y curas se había encontrado también con personas inmaduras, personalistas, egocéntricas o que pensaban que cualquier cambio era sinónimo

de progreso. Pero estos errores no le daban miedo, tan solo le hacían llamarnos a la prudencia y al discernimiento, no para que retrocediéramos temerosas, sino para que diferenciáramos lo que ayudaba a construir, a hacer comunidad de Jesús, y lo que eran tentativas superficiales, sin fundamento, del cambio por el cambio o de puro “esnobismo”.

Veía con preocupación la lentitud con la que algunas estructuras, entre ellas las de la Iglesia en general, o las congregacionales en particular, introducen los cambios, cuando la vida les exige aceleración. En ese sentido, él era consciente de esos pecados de omisión que el Concilio contribuyó a designar. Antes parecía que solo se pecaba cuando se hacía algo. Pero, a veces, el no hacerlo, o demorar la actuación, por temores, por comodidad o por conveniencias, nos exigía un examen de conciencia.

Evocaba aquella vida religiosa que surgió en diversas épocas de la historia como un revulsivo para una Iglesia que se acomodaba, que se pervertía, que se alejaba de la radicalidad del Evangelio; y, en ese sentido, deseaba y nos invitaba a una vida religiosa provocadora, desafiante, que le recordara incesantemente a toda la Iglesia que los consejos evangélicos están dirigidos a todos los cristianos y que las propias estructuras y las relaciones dentro de la Iglesia deben sentirse interpeladas por ellos.

Y esto lo podía hacer con una autoridad que resultaba creíble porque el primero en “dar la alerta”



era él, y su honradez y autenticidad le impedían callarse cuando algo de lo que escuchaba no le parecía bien, incluso aunque fueran pequeños detalles y aunque vinieran de personas a las que por otra parte apreciaba profundamente.

Puedo contar una anécdota que me sucedió. Iniesta estuvo presente en una conferencia que di en Zaragoza en un congreso mariano y cité algo que le había oído a Goyo Ruiz en un funeral: que nuestras imágenes de vida eterna, la “visión beatífica”, por ejemplo, son platónicas e individualistas, mientras que la Biblia habla de banquetes, de mesa compartida y de fiesta. A los pocos días me llegó una carta suya diciéndome que le había gustado la conferencia, pero que la imagen de “banquete” no lo dice todo, que no se puede oponer a “visión beatífica” que evoca la dimensión de adoración y de absoluta alabanza de la gloria de Dios.

Así era él: además de poseer eso que el papa Francisco llama “olor a oveja”, a normalidad, a gente, a ese humilde situarse en la vida como uno más, era coherencia en estado puro, libertad para corregir amistosamente, para no callarse ni una sola de sus convicciones.

Por eso le hemos querido tanto. Y le hemos admirado tanto también.

### ALBERTO, CREYENTE A CARTA CABAL

JOSÉ LUIS SEGOVIA (JOSITO)

Cura en Vallecas.

Delegado episcopal de Acción Social e Innovación de la Diócesis de Madrid

Fui ordenado cura en 1988 por el cardenal Suquía. Por tanto, cronológicamente no tuve la suerte de un trato fluido con Alberto (así sencillamente, apeado de todo tratamiento le llamaba todo el mundo). Fueron unos pocos e intensos encuentros con una persona que enseguida percibías como alguien muy especial. Daré unos cuantos brochazos separados en el tiempo, pero que ayudarán a entender la profundidad de este hombre. La última vez que nos vimos fue hace poco más de un año y medio, en la casa sacerdotal de Albacete en donde caminaba con su inseparable andador, con ocasión de unas charlas que me

tocaba impartir a los curas de aquella diócesis. Tomaba diligentemente notas a toda velocidad a pesar de que las cuestiones le eran bien conocidas. Ignoro si eran sus célebres signos de taquigrafía que le permitían escribir sin que nadie adivinase su contenido. Después comimos juntos con D. Ciriaco y los curas. Sus ojillos vivaces se clavaban en los míos para preguntarme pelos y señales de curas y agentes de pastoral que recordaba perfectamente. No hablaba mal de absolutamente nadie. Para todos tenía un recuerdo agradecido, una palabra cariñosa o una anécdota divertida. Desde hacía unos años no le gustaba comer fuera de casa; por eso cuando iban a visitarle el cardenal Rouco y el Consejo Episcopal lo que menos le gustaba era salir a la calle. No quería dar que hablar.

Muchos años antes, cuando aún vivía en la parroquia del Dulce Nombre de María, yo, aún seminarista, le había acercado un libro, *La navaja y el báculo*, una novela de Martín Vigil muy en boga entonces. Contaba las aventuras de un obispo –no era difícil detectar el paralelismo, hasta en los nombres figurados– que tuvo un inopinado encuentro con un delincuente que lo quiso atracar a punta de navaja y con el que establece una relación de amistad. Poco después escribiría una de sus columnas mencionando divertido el regalo y mostrando con toda humildad la distancia que, según él, le separaba del obispo de la novela.

Recuerdo también, por aquellos primeros años 80, la detención de una educadora de calle de San Carlos Borromeo en los años duros de las torturas en la comisaría de Entrevías. Al ser informada de los derechos que le asistían, pidió, ante la perplejidad del policía, que se comunicase la detención al obispo Alberto Iniesta. Poco después, a las tantas de la noche, allí se presentó sorpresivamente el obispo de Vallecas para interesarse por la detenida y para entrevistarse con ella. En esa época, ya en plena democracia y con el PSOE en el poder, no era infrecuente que la muchachada enganchada del barrio tratase de defenderse de los malos tratos diciendo a los agentes que se iban a chivar al obispo Iniesta y al padre Llanos. Tanto que en una ocasión me tocó defender a un chaval de un

delito de amenazas a la autoridad con justamente esta imputación. Obviamente salió absuelto.

La gente del barrio de Vallecas aseguraba que Alberto pocas veces tenía que ponerse al volante de su “Citroën 2 caballos” porque prefería desplazarse en transporte público. Sin embargo, raramente lograba consumir su propósito porque en cualquier parada del autobús alguien siempre reconocía su inconfundible figura y le decía: “Alberto, ¿adónde vas? Sube al coche que te llevo gustoso”.

La parroquia a la que me destinaron como presbítero recién ordenado era vecina de la del Dulce Nombre de María en la que Alberto había vivido y celebrado en los últimos años. Me llamaba la atención el comentario de muchísima gente humilde que en uno u otro momento había frecuentado las sencillas, cuidadas e intensas eucaristías que celebraba a primerísima hora de la mañana antes de entregarse a los afanes apostólicos. Referían con admiración sus homilias diarias, brevísimas y jugosas que después eran muy comentadas.

Recuerdo también, al final de su ministerio episcopal, las revisiones hasta el escrúpulo de todas las rúbricas de la celebración de las confirmaciones en mi parroquia. Un par de años antes, siendo seminarista, le hicimos una entrevista y nos quedamos con su profunda espiritualidad y entrega y... con el empeño en grabarse la entrevista con su propio casete. Debieron de hacerle sufrir mucho por lo que decía y, sobre todo, por lo que no decía pero le imputaban. Siempre sospeché que el sufrimiento le venía por los dos extremos eclesiales.

Me quedo con el hombre profundamente creyente, secretamente incomprendido, audaz y corajudo, fielmente comprometido con la gente sencilla y vulnerable, cuidadoso hasta el extremo con la comunión eclesial y extremadamente escrupuloso con la liturgia y en no hacer daño a la Iglesia, empeñado en su última etapa en no dar que hablar y en solo rezar y pasar desapercibido. En síntesis, un creyente a carta cabal y un pastor bueno y fiel de quien se puede decir que pasó por el mundo haciendo el bien porque Dios estaba con él.



## UN OBISPO TAN ROJO COMO EL CORAZÓN DE JESÚS

ADELA GOTOR

Misionera seglar del IMS

No soy escritora. Lo único que quisiera es, a través de estas líneas, daros cuenta del hombre de fe que fue Alberto Iniesta. También quiero expresar de alguna manera lo que me transmitió a mí y, estoy segura, a otras muchas personas que se relacionaron con él.

Conocía a Alberto de toda la vida, porque los dos somos de Albacete, de nuestra querida Mancha, aunque en esa primera etapa vivida en nuestra ciudad natal no teníamos relación. Yo me fui pronto a Vallecas, donde viví muchos años con otras compañeras del IMS (Instituto Misionero Seglar), a trabajar en diversos proyectos educativos y sociales. Él se quedó entonces en el seminario, en el que entró, como se decía entonces, por vocación “tardía”, más o menos en el año 1956.

Mi relación personal con Alberto empezó en Vallecas, cuando lo

nombraron obispo de la Vicaría IV. Fue por diversos motivos por los que empecé a tener más relación con él y me fui dando cuenta de que el “obispo rojo” –como algunos lo llamaban sin tener ni idea de la persona que estaban encasillando y reduciendo– era, ante todo, un hombre de fe profunda. Esta fe, no solo no le impedía acercarse a las personas, sino que le acercaba a ellas y les aportaba un mensaje creíble.

Aparte de su atención en la vicaría, él estaba –tres o cuatro veces por semana– dispuesto a recibir a quien se lo demandara en la parroquia del Dulce Nombre de María, en el madrileño barrio de Vallecas, donde vivía con otros sacerdotes.

Yo iba muchas veces para hablar un rato con él, y siempre salía distinta de como había llegado, ayudada por la reflexión que hacíamos sobre diversos acontecimientos o vivencias. Esa fe de Alberto no era la que a mí me habían enseñado.

Su fe era la de un hombre libre, sin querer imponer nada, llena de esperanza, viendo la mano de Dios en todo: personas, conflictos, decisiones

para algunos poco ortodoxas, acontecimientos. Insisto: en todo.

Si quisiera resaltar diversos momentos que me impactaron, tendría para escribir un libro. Sé que en otros testimonios se reflejan algunos y solo quiero corroborar y resaltar algo de lo que se me viene a la memoria.

Por ejemplo, su valor al denunciar las penas de muerte en el 75, año en que la represión no había acabado. Yo fui testigo de cómo resonó, en la parroquia de San Timoteo, en el Pueblo de Vallecas, aquella homilía de Alberto, que fue leída públicamente, en medio de un silencio que se cortaba. Y así fue, aquel mismo domingo, en muchas otras parroquias de Madrid, especialmente de Vallecas, aunque no solo (él dejó libertad para leerla).

Recuerdo su presencia hasta el final, aquel 25 de marzo del 75 en la frustrada Asamblea de Vallecas –prohibida a última hora por orden gubernativa– en la que tanta carne había puesto en el asador, para devolver la palabra a comunidades, parroquias y movimientos, con pleno sentido conciliar. Cómo nos





despedía uno a uno, como si de un funeral se tratara, sin abandonar su puesto, por solidaridad hasta el final y para evitar que la policía nos detuviera, una vez él se hubiera ido.

Y en aquella reunión multitudinaria, en la Iglesia de la Paz, donde congregaba multitudes un sábado al mes (no recuerdo ya cuál en número de orden) poco después del asesinato en El Salvador del obispo Romero, unos curas, que conocían personalmente a Romero, le pidieron que fuera al funeral, si no como representante de la Conferencia Episcopal Española –cosa impensable– sí como representante de este sector de la Iglesia española que representábamos los allí congregados. La Asamblea refrendó este pedido.

No lo dudó ni un momento. Como si le hubiera mandado el Papa en persona. Hubo que recoger dinero para el billete. Después de recogerlo –no se me olvida– nos dijo que necesitaba también dinero de bolsillo, para no sobrecargar a los de El Salvador con sus gastos personales. Al regreso nos informó de lo que había vivido allí y nos quiso devolver lo que le había sobrado de dinero. Huelga decir que se lo dejamos para la vicaría.

Era una persona humilde, siempre aprendiendo de los demás, sin querer imponer su criterio, sin que esto quiera decir que no lo tuviera. Lo tenía, pero no lo imponía y también era capaz de revisarlo, a la luz de la fe y en diálogo con las personas.

Su fe era una fe consecuente con lo que recibía en sus ratos de oración contemplativa, en los que unía siempre el cielo con la tierra. Creo que este era su principal aporte. Era un hombre de Dios y nos lo hacía presente. A mí me lo transmitía en sus charlas y me hacía ver las cosas de otra manera.

Cuando los dos regresamos a nuestra tierra, volvimos a vernos y esa transmisión y comunicación de la fe siguió siendo tan intensa hasta el final como en los tiempos vallecanos.

Sufrió mucho, tanto en Vallecas como en Albacete, pero la mano de Dios, percibida desde su

fe inquebrantable, siempre le ayudó a seguir adelante, libre y consecuentemente. Habrá quien piense en Alberto como un hombre atormentado. Y es cierto que en algunos momentos pudo vivir algunos temas con angustia, acrecentada por debilidades psicológicas, como las que cualquiera podemos sufrir. Pero yo ahora quiero resaltar la espontaneidad de su gracia y su capacidad para hacer reír, sin contar chistes fáciles.

Era un hombre que se reía y te hacía reír con mil anécdotas que comentaba con especial gracia, siempre sin ofender a las personas. Su naturalidad y sus ocurrencias genuinas, con un lenguaje en el que se unían lo culto y lo vulgar, en el mejor sentido de ambas palabras, lo convertían en un amigo con el que además de aprender y meditar te lo pasabas bien. Alberto evocaba tanto el llanto de Dios, a través del Jesús humano, como la risa de Dios, de la que tan poco nos han hablado y que tan necesaria nos es, como el aire que respiramos.

No lo olvidaré nunca, y siempre me faltarán palabras para agradecer el haberle conocido, no superficialmente, sino a niveles muy profundos. Y eso fue posible gracias a que también él compartía y daba esa oportunidad a los que estábamos cerca. Después de tantos años, al recordarlo, me parece que fue ayer; y siento que aun después de habernos dejado físicamente, Alberto sigue alimentando mi fe con su recuerdo y me ayuda a salir adelante.

## **ALBERTO INIESTA, SERVIDOR Y PADRE**

**RUFINO GARCÍA ANTÓN**  
Cura en Vallecas.

**Delegado episcopal de Migraciones  
de la Diócesis de Madrid**

**S**oy “salmantino de origen y vallecano de adopción”. Vine a la Villa de Vallecas en septiembre de 1975 y desde entonces he vivido en este querido barrio, me he integrado en él y he participado muy activamente en las diferentes

realidades asociativas que han formado parte de su devenir. Y sin duda, la realidad que más ha configurado mi pasado hasta el momento presente es la parroquia de San Eulogio, en la que he estado muy comprometido durante cuarenta y un años, cinco como estudiante y el resto como presbítero.

Conocí muy pronto a Alberto Iniesta y tengo muchos y estupendos recuerdos de él. Es muy difícil condensar brevemente tantas facetas y aspectos que se podrían destacar en una personalidad tan rica y extraordinaria. Pero voy a intentar reflejar en dos experiencias concretas esas dos facetas que me interesa resaltar: Alberto Iniesta, servidor y padre.

La primera experiencia sucedió el 1 de diciembre de 1979, día en que fui ordenado diácono, en el “sótano”, lugar emblemático, al modo de las primitivas catacumbas, de un estilo de Iglesia comprometida en la defensa de las clases populares en el que la parroquia de San Eulogio llevó a cabo su actividad evangelizadora durante veintitrés años. En el clima de una celebración sencilla y popular, como eran las celebraciones en el “sótano”, Alberto Iniesta nos iluminó con una homilía vibrante y profética en la que expuso con la claridad que le caracterizaba cómo el servicio es una actitud contraria al arribismo o al carrerismo, como le gusta decir al papa Francisco, y cómo esa actitud entra en conflicto con los pelotas (él utilizó una palabra más contundente), con los “soplones” y los “conspiradores” de una sociedad estructuralmente injusta. Utilizó en varias ocasiones la imagen del “camarero” para referirse al papel del diácono en la comunidad. Fue una honda y auténtica catequesis sobre el sentido del servicio en la comunidad y en la Iglesia: fomentar la corresponsabilidad y la participación. E insistió en otro aspecto fundamental del servicio: es un servicio liberador que no pone en el centro a la Iglesia, sino a los preferidos de Jesús: los pobres y oprimidos (“El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido para anunciar la Buena Noticia a los pobres, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y dar vista a los ciegos, a libertar a los oprimidos y a proclamar un

año de gracia del Señor”, Lc 4,18-19). Aquella reflexión de Alberto Iniesta sobre el servicio fue una reflexión realizada desde la vida y la experiencia de un verdadero servidor.

De aquella celebración me llamaron también mucho la atención las palabras con las que me despidió personalmente cuando ya se iba. Fueron más o menos las siguientes: “Prepárate, Rufino, porque esto es muy duro”. Aquellas palabras me dejaron pensativo y las relacioné inicialmente con el mensaje que él nos había transmitido en la homilía, en el sentido de que estar al servicio de los últimos entra en conflicto con quienes mandan y tienen el poder: “Sabéis que los jefes de las naciones las gobiernan tiránicamente y que los magnates las oprimen. No ha de ser así entre vosotros. El que quiera ser importante entre vosotros, sea vuestro servidor, y el que quiera ser el primero sea vuestro esclavo” (Mt 20, 25-27). Pero las comprendí todavía mejor no mucho tiempo después cuando supimos que Alberto había sido llamado a Roma en lo que a todas luces fue “un tirón de orejas”, justamente por sus opciones y planteamientos evangélicos. Un obispo profeta y servidor de los pobres que sufre en la misma Iglesia las consecuencias de su actitud coherente y comprometida.

La segunda experiencia sucedió el 28 de diciembre de 2015, unos pocos días antes de su muerte. Fui yo a visitar a sor Margarita de Ory, una Hija de la Caridad que trabajó muchos años en la parroquia de San Juan de Dios, en la UVA de Vallecas, y que mantenía conversaciones telefónicas habituales con Alberto Iniesta. Pues bien, sor Margarita tuvo esa mañana la –para mí– “feliz ocurrencia” de llamarle por teléfono con la intención de que yo le saludara. Hacía muchos años que no había mantenido ningún tipo de contacto con él. Me presenté, le dije quién era y las primeras palabras que logré entenderle fueron estas: “Hijo mío, ¿cómo estás?”. Yo le respondí de una forma bastante escueta, porque enseguida percibí que su voz era muy tenue y frágil, manifestándole sobre todo mi alegría por saludarle y poder hablar con él. Él volvió a decirme unas cuantas frases que no logré entender, salvo la última que sí escuché claramente:

“Hijo mío, un abrazo, y dale recuerdos a aquella gente”. Fue una brevísima conversación que me produjo una emoción imborrable; en realidad no sé si Alberto supo quién era yo y si me recordó en aquel momento, pero el mensaje y la forma de dirigirse a mí me conmovieron profundamente. Esa emoción y conmoción aumentaron más todavía cuando cinco o seis días después me enteré de la noticia de su fallecimiento. Yo no sabía que Alberto estaba tan próximo a su final aquí en la tierra cuando mantuve aquella conversación, pero sus palabras adquirieron para mí el valor de un verdadero testamento. Nunca olvidaré las dos veces que se dirigió a mí llamándome “hijo mío”. Es imposible decir más en tan solo dos palabras.

Estoy muy agradecido a Dios por haber tenido la suerte de haber conocido y tratado bastante de cerca a Alberto Iniesta durante varios años. Otras muchas personas podrán decir seguramente lo mismo. Uno de los grandes valores de su vida es que esas actitudes de servicio y de paternidad que yo he resaltado y otras muchas que se podrían resaltar, él las desplegó a raudales en la sociedad, en la Iglesia, en las comunidades cristianas de Vallecas, en el servicio a los pobres... Nosotros aportamos ahora nuestro pequeño testimonio de agradecimiento por su vida, pero eso es posible por el gran testimonio que él nos dio. ¡Muchas gracias, Alberto!

## **UN OBISPO CREYENTE** **SANTIAGO SÁNCHEZ TORRADO** **Laico**

**N**o pretendo con estas líneas trazar una aproximación biográfica a la persona de Alberto Iniesta y a toda su densa carga existencial y religiosa, sino dejar constancia de algunos rasgos de su personalidad que considero relevantes. Y ello desde mi experiencia subjetiva y mi relación con él en la amistad y en el trabajo pastoral.

En una ocasión reciente, a mi intención pasajera y un tanto banal de definir a Alberto como “un buen tipo” replicó un amigo común con más veracidad y profundidad: “Alberto era un verdadero creyente”, y creo que esta es la definición más cabal que he escuchado de él.





## ALBERTO INIESTA, LA CARICIA DE DIOS EN LAS PERIFERIAS

Resulta verdaderamente difícil sintetizar las cualidades que adornan y enriquecen a los “grandes hombres”, aunque incluso este apelativo resulta inadecuado dada la modestia de la mayor parte de ellos. Este es también el caso de Alberto, cuya riqueza personal se ocultaba bajo una capa de sencillez atractiva y enternecedora. Muchos de nosotros recordamos momentos y anécdotas significativas que avalan y confirman esta apreciación.

Tampoco es fácil dibujar con los oportunos matices el perfil religioso y moral de personas como Alberto Iniesta en los tiempos difíciles que le tocó vivir, sobre todo en los ámbitos político y eclesiástico. En aquel tiempo tormentoso, él supo ejercer con sabiduría el “don de consejo”, tan valorado entonces como postergado ahora. Según sabemos, la confesión y la “dirección espiritual” arraigaron durante un tiempo con inusitada vigencia y fueron sustituidas después por terapias diversas de cuño más o menos cercano a lo religioso. En aquel contexto y a nivel estrictamente personal, me resultan imborrables las conversaciones mantenidas con Alberto sobre diversos temas, llenas de sabiduría por su parte, de sentido realista y de aliento religioso.

He pensado con frecuencia que el alto nivel contemplativo de algunas personas es probablemente la explicación radical de su profunda implicación en las “cosas del mundo”, de su intensa entrega a la transformación social y política. Creo que esta constituye una característica común a todos

los grandes contemplativos, y es también el caso de Alberto Iniesta.

De su talante nos dan idea algunas expresiones suyas que recuerdo con nitidez, como cuando me reconoció que necesitaba y disfrutaba como mínimo una hora de oración contemplativa diaria, o cuando respondió en una encuesta sobre la muerte que “la muerte me preocupa porque se retrasa”, dando por incontestable el hecho de la muerte como ocasión del encuentro con Dios.

La vena contemplativa tiene una clara derivación en la libertad de espíritu, evangélica en este caso. En una de las últimas reuniones preparatorias a la Asamblea Cristiana de Vallecas, algunos miembros del Comité Ejecutivo le plantearon a Alberto la conveniencia y hasta la necesidad de romper la obediencia jerárquica con el cardenal Tarancón y constituirnos como asamblea autónoma e independiente, dado el color que iban tomando los acontecimientos. La respuesta de Alberto fue tajante, rechazando frontalmente la propuesta y haciendo una clara profesión de lealtad institucional y fidelidad a la Jerarquía. A mí me gustó y me admiró aquella respuesta sencilla y valiente que iba más allá del mero juego de conveniencias y de estrategias populistas.

De esta misma raíz contemplativa brota, a mi juicio, su energía humanizadora, unida a su vez a su muy notable disposición para apreciar las formas diversas de la cultura, las expresiones del arte y de la sensibilidad en general. Nunca

faltaban en sus coloquios alusiones sabrosas a la última novela de interés o a una película que se salía de lo común.

Pero todo ello se articulaba en torno a su condición de creyente y al profundo sentido religioso que impregnaba su vida orientándola de modo determinante.

Mucho se ha hablado del impulso creativo, del papel coordinador y dinamizador de Alberto Iniesta en el proyecto y preparación de la frustrada Asamblea Cristiana de Vallecas, por lo que no insistiré en ello. Solo debo y quiero decir que su imagen –anunciando la suspensión de la misma por orden gubernativa y rodeado por la policía– forma parte de mi archivo más personal cercano a la memoria cálida del corazón.

Por todo lo dicho, tan insuficiente como sincero, solo me cabe recordar a Alberto Iniesta con agradecimiento profundo y respeto entrañable, y reconocer su condición de creyente cabal como referencia y estímulo para nosotros.

Porque siempre ha habido hombres y mujeres cuya singular estatura religiosa y moral mantiene viva nuestra esperanza. En un tiempo tormentoso como el que vivimos, tales personas devuelven el rostro de humanidad perdido por una sociedad endurecida y violenta hasta sus raíces. Alberto es, sin duda, una de esas personas singulares, y quienes le hemos conocido debemos felicitarlos por ello. Los rasgos principales de su personalidad, de su modo de ser, de estar y de actuar, perviven en el recuerdo y la cercanía, y alimentan nuestra condición de creyentes.

**BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN / ESPAÑA: 114,50 € / UE: 171,60 € / OTROS PAÍSES: 165 € / 47 NÚMEROS AL AÑO**  
**Tel: 914 226 240 / Fax: 914 226 117 / suscripciones@ppc-editorial.com / www.vidanueva.es**

Nombre y Apellidos: .....  
Dirección: ..... C.P.: .....  
Población: ..... Provincia: ..... País: .....  
CIF/NIF (DNI): ..... E-mail: ..... Tel: .....

### FORMA DE PAGO

Adjunto cheque bancario a nombre de PPC, S.A.



C/ Impresores 2 Urb. Prado del Espino, 28560 Boadilla del Monte (Madrid)  
Tel.: 914 226 240 / Fax: 914 226 117 / Correo electrónico: ppcedit@ppc-editorial.com  
Le informamos que sus datos serán incorporados con fines mercantiles al fichero de Clientes del que es responsable PPC, Editorial y Distribuidora, S. A., C/ Impresores 2 Urb. Prado del Espino 28560 Boadilla del Monte, Madrid. Los datos que nos facilite podrán ser cedidos con fines comerciales incluida publicidad por medios electrónicos, a las empresas de nuestro Grupo que constan en la siguiente URL: <http://www.grupoppc.com>, si usted no desea, por favor, comuníquenoslo.

Domiciliación bancaria (rellenar los datos de la cuenta)

| IBAN | ENTIDAD | OFICINA | DC | NÚMERO DE OFICINA |
|------|---------|---------|----|-------------------|
|      |         |         |    |                   |

Nombre y Apellidos del titular de la cuenta: .....

Banco o Caja: .....

Fecha: ..... Firma: .....



# SENDERISMO ESPIRITUAL

CAMINANDO POR  
GIMILEO, BRIONES Y  
SAN VICENTE DE LA SONSIERRA

DEL 31 DE MARZO AL 2 DE ABRIL



**Ain Karim**

CASA DE ESPIRITUALIDAD

Orden de la Compañía de María N.S.

Infórmate en: [centroainkarim@telefonica.net](mailto:centroainkarim@telefonica.net) o en el teléfono 941 31 09 50  
PLAZO DE INSCRIPCIÓN HASTA EL 27 DE MARZO / PLAZAS LIMITADAS